

CHARLIE HEBDO: vergüenza y cólera

Roger Gras

Puedes reírte de los monoteísmos más sagrados, citar los lemas intelectuales del mayo francés como el de Raoul Vaneigem: "Nada es sagrado, todo se puede decir", desde la comodidad de tu poltrona en una gran urbe europea. Puedes ser ateo, manifestarlo y sentirte orgulloso por ello. El color de tu piel, tu cultura liberal, tu laicismo te amparan, con la visión distanciada de los hechos. La falsa seguridad de tus impuestos te garantiza un orden: la judicatura, los cuerpos policiales, las cárceles; con la visión de la realidad que te dan los *mass media*. La vulnerabilidad de tu *statu quo* es frágil. Se manifestó de manera brutal (una brutalidad a la que no estamos acostumbrados al lado de nuestros hogares) el pasado 7 de Enero cuando unos hombres acribillaron a balazos a los fundadores y caricaturistas más significados de la publicación satírico-política Charlie Hebdo.

El humor es el mejor antídoto contra lo sagrado. Y, por supuesto, nada es sagrado y todo está sujeto a crítica. En un afán de valentía C.H. le puso rostro al profeta del Islam, sabiendo que (falsamente, pues existen representaciones de Mahoma en la antigüedad) es una injuria para el islamismo. Hay que tener en cuenta este gesto de valentía. ¿Pero no será acaso la valentía de quien se sabe respaldado por un ejército con afán imperialista? El humor inteligente puede ser ácido, corrosivo, nos debe incomodar, mostrando nuestras contradicciones, nuestra hipocresía, nuestro deseo de aparentar aquello que no somos... pero quizás nunca hay que olvidar los agravios de la Historia; eso que calladamente guardamos bajo la alfombra de nuestro Estado; esos muertos incómodos que nunca han sido ni reconocidos ni olvidados por todos.

No pretendo hacer el discurso fácil del "*progre-izquierdista*" que, amparándose en proteger a capa y espada las minorías, incurre en el error de no criticar lo criticable. Diferenciar entre individuos, entre hombres y mujeres, entre creyentes y no creyentes, siempre es necesario para no caer en falsos discursos redentores y victimistas. Recuerdo el comentario de un historiador

catalán que, opinando sobre la compleja relación entre el Islam y las izquierdas (así en plural) de los países de acogida, soltaba una frase interesante: “*menos mezquitas y más bibliotecas*”. Interesante pero expresada desde el privilegio de quien es hombre, blanco y heterosexual. Quizás el diálogo es nuestra herramienta más útil, para huir de los prejuicios i evitar así el racismo implícito en gran parte de los discursos mediáticos. Pero siendo un propósito bienintencionado, a menudo no sabemos ni por dónde empezar ni a quién dirigirnos.

Un punto de partida muy necesario para no sucumbir a las hipérboles belicistas de los que rigen los ejércitos es fijarnos en un interesante estudio realizado en 1997 por la Runnymede Trust a partir de una comisión para estudiar la islamofobia en el Reino Unido. De su estudio se deducen 8 indicadores que podemos rastrear sin ningún tipo de dificultades en la mayoría de debates públicos o privados que se están viendo estos días sobre los atentados de París. Cuando hablamos de islamofobia, pues, nos referimos a alguna de estas actitudes:

- 1) Entender el Islam y/o las personas musulmanas como una entidad monolítica o estática incapaz de adaptarse a nuevas realidades.
- 2) Entenderlas como diferentes, separadas e independientes, no influenciadas por factores culturales y sin valores comunes con otras culturas.
- 3) Entenderlas como inferiores, bárbaras, irracionales, primitivas y sexistas.
- 4) Verlas como enemigas agresivas, amenazantes, aliadas del terrorismo y del choque de civilizaciones.
- 5) Entender el Islam como ideología política y militar.
- 6) Rechazar sin ningún tipo de consideración cualquier acto o discurso crítico hecho en Europa desde personas o entidades musulmanas.
- 7) Justificar las prácticas discriminatorias contra las personas musulmanas.
- 8) Entender la hostilidad contra las personas o entidades musulmanas como algo “natural”.

O todos los monoteísmos o ninguno.

Charlie Hebdo fue el blanco fácil. El símbolo. El liberalismo burgués, los pilares básicos de la República, la libertad de expresión, el laicismo por bandera, cierto machismo para algunos chistoso, todo eso es C.H. Podemos ser desconfiados. Desconfiar del Estado y de sus medios de comunicación. De la coordinación rapidísima de unos cuantos jefes de Estado para encontrarse un domingo por la tarde en París. Podemos, desconfiando, incluso creer que C.H. fue un chivo expiatorio, un anzuelo para justificar medidas represivas de nuevo cuño: el control de las comunicaciones virtuales, la censura en Internet, las detenciones arbitrarias por un tweet demasiado peligroso. Que acaba fortaleciendo las relaciones de los respectivos ministerios de Interior de esa gran fortaleza en la que quiere convertirse Europa.

El "enemigo" está dentro de nuestras fronteras. Cuando lo hemos necesitado ha sido nuestra mano de obra barata; ha despertado nuestros sentimientos caritativos al verle morir ahogado en las costas del sur de España, obligándonos quizás a hacernos alguna pregunta incómoda. Es un enemigo demasiado fácil de identificar: su vestimenta, su religión, sus hábitos alimentarios, sus fiestas, su cosmovisión, sus relaciones de género, el color de su piel. ¿Por qué nos machacan tanto con el Islam? ¿Por qué cada vez que ese concepto aparece en algún medio se le asocia inevitablemente a un acto violento? ¿Por qué ese afán acrítico de no buscar unas causas, un origen al integrismo religioso, creando titulares periodísticos que se asemejan a los carteles de un escenario de western: "*localizados*", "*capturados*", "*abatidos*"? ¿Por qué no abogamos por contarnos (o, mejor, que ellos y ellas nos cuenten) ese Islam integrador, tolerante, pacífico que propugna la corriente sufí? ¿Por qué no buceamos en la Historia y reconocemos la gran aportación arquitectónica, humanística y científica que los árabes dejaron en la península en la época del esplendoroso Califato de Córdoba?

Todo deviene muy masculino y desideologizado. Masculino porque el único

recurso que tenemos, o que quieren hacer creernos que tienen, es el de la guerra, el miedo y el control. Guerra de tierra quemada, de bombardeos sobre población civil, de utilizar como siempre a las mujeres como sujeto invisibilizado. Jugar a las dicotomías: el bien y el mal, la civilización o la barbarie. ¿Quién se acuerda de las madres de algún supuesto terrorista?

Desideologizado, porque por el bien del Imperio la ideología se difumina para convertirse en una caricatura, sometiéndose a la tenebrosa *razón de Estado*. Toda la inversión pública para nuestra seguridad; sin memoria, sin análisis, sin autocrítica, sin HISTORIA. Nadie alzaría la voz, denunciando que desde mediados de Enero, los ataques racistas se han incrementado brutalmente por toda Europa.

Y esos ataques los han creado nuestros-sus medios de comunicación.

Quizás todo sea una representación. El dibujo de un no muy lejano escenario. Un fascismo sin fascistas, amparado por la técnica e inculcado en los miedos de cada uno de nosotros. Miedos fundamentados en el poder de las armas y de la Sharia: la ejecución retransmitida casi en directo de cooperantes blancos, el lapidamiento de mujeres, la horca para los hombres que se besan y se aman... Miedos creados; miedos que justifican un modelo represivo que nos ampara; miedos que tienen todo su origen en los primeros colonos sionistas que llegaron para poblar Palestina.

Así como la caída de las Torres Gemelas, nunca nadie sabrá nada preciso sobre la matanza en la redacción de C.H. Y, de ser verdad que los asesinos eran terroristas islámicos de tal o cual facción fundamentalista, extremista, integrista, los caricaturistas de C.H. podrían haber recordado con sus dibujos que nos hacían reír que el tenebroso califato llamado Estado Islámico de Irak es un Frankenstein creado, financiado y entrenado por la CIA, la OTAN i el Mossad. Hace poco el propio presidente Hollande declaraba que el gobierno francés había financiado en Siria al frente Al Nursa, precursor del híbrido que generó en el mediático Estado Islámico. O bien, recabar la opinión de Paul Craig Roberts, ex subsecretario del Tesoro de Estados Unidos, al decir que el

ataque contra la redacción de C.H. "...fue una operación de bandera falsa, diseñada para apuntalar el estado vasallo de Francia ante Washington".

Una primera constatación es que Francia despliega actualmente de manera formal alrededor de 8 mil soldados en distintas operaciones militares en la periferia; más de 5 mil en África e importantes contingentes en Asia Central y Medio Oriente. La más reciente de ellas ha sido en Irak con el argumento de combatir al Estado Islámico. La intervención en Afganistán subordinada al mando militar de los Estados Unidos desplegaba unos 4 mil soldados hacia 2009.

Aunque la operación más ruidosa fue la realizada en Libia: los bombardeos franceses, factor decisivo en la intervención de la OTAN, causaron miles de muertes en la población civil; importantes centros urbanos fueron destruidos, liquidando así el estado libio. Según distintas evaluaciones luego del derrocamiento de Gadafi, cerca de dos millones de libios, un tercio de la población total, han dejado el país sumergido en el caos, disputado por bandas rivales. También Francia interviene activamente en la operación de la OTAN contra Siria (con diferencia el país más avanzado socialmente de la zona antes de la invasión militar), introduciendo mercenarios y armas.

En resumen, el Estado francés es hoy un componente decisivo del dispositivo operacional de la OTAN embarcado en una estrategia de intervención global destinada a la recolonización occidental del planeta.

Para terminar, citaré a unos profesores de instituto de un suburbio de París que expresan sus sentimientos resumidos por dos palabras: vergüenza y cólera. "Los de C.H. eran nuestros hermanos y como hermanos los lloramos. Sus asesinos eran huérfanos, criados en orfanatos bajo la tutela de la nación, hijos de Francia. Así pues, nuestros hijos mataron a nuestros hermanos. En cualquier cultura, este hecho provoca un sentimiento nunca mencionado en estos días recientes: la vergüenza. Decimos entonces *nuestra vergüenza*. Vergüenza y cólera. Es una situación psicológica mucho más incómoda que pena y cólera. Si se siente pena y cólera es posible acusar a otros. ¿Pero qué

hacer cuando uno se avergüenza y está encolerizado contra los asesinos, pero también contra uno mismo?".

Como hombres con conciencia, intimamente ligados por la sensibilidad y el reconocimiento de lo femenino, no debemos ejercer el privilegio que nos otorga nuestro etnocentrismo, nuestro estatus social, el color de nuestra piel, sino ejercer y manifestar una voz crítica frente al lenguaje belicista y cualquier tipo de totalitarismo político-religioso. Sin miedo a criticar cualquier señal de integrismo, provenga de la religión que provenga, debemos reconocer sin tapujos nuestras raíces culturales, nuestra HISTORIA, entendiendo la belicosidad como la guerra absurda de unas oligarquías contra otras. Situándonos, crearemos puntos de encuentro, donde quedan excluidos el racismo, la xenofobia, reconociendo en su diferencia al diferente como un igual. Sin tópicos, sin prejuicios. En esa diferencia reside la libertad.